



Henry

CAPÍTULO 3.

La falda de Anne se sube un poco y veo sus muslos pálidos presionados contra el asiento negro de mi Audi. Diablos, desearía que esas piernas no estuvieran tan completamente desnudas. *Mantén los ojos en la carretera, Henry.*

La verdad es que no he dejado de pensar en ella desde anoche. No puedo quitarme la imagen de sus labios en forma de corazón y esos ojos hipnóticos. Nunca antes había visto tanta pasión; nunca en unos ojos tan hermosos e inquietantes.

Mientras tanto, ella mira fijamente por la ventana, como si estuviera memorizando cada centímetro del paisaje: el sol naciente que se esconde detrás de la montaña y crea la ilusión de que está en llamas; los enormes árboles que bordean el asfalto gris, en contraste con las oscuras profundidades del lago Washington.

Conozco todos los matices de esta carretera: la curva pronunciada a los cuatrocientos metros, el próximo punto de observación, la recta larga que pide a gritos que conduzca más rápido. Cada marca de neumáticos, una historia:

esquivar a los mapaches, aprender a conducir con Arthur, las carreras en la calle con los chicos. La necesidad de ir rápido me llena de adrenalina, pero cuando Anne y yo llegamos al tramo final, en lugar de pisar el acelerador disminuyo la presión. Prolongo nuestro tiempo juntos.

—Tal vez no me llevas a la escuela en absoluto —dice Anne con una pizca de diversión en su voz.

La miro de soslayo con disimulo. Esas botas hasta el muslo son una completa violación al uniforme escolar, pero que me jodan si no son sexys. Me remuevo en mi asiento.

—Me atrapaste —respondo—. En realidad, te estoy secuestrando para llevarte a mi cabaña secreta de asesino serial. Todo lo que sabes de mí es una mentira —abro mucho los ojos con fingido horror—. Ni siquiera me llamo Henry.

Ella agita su teléfono celular frente a mí, fingiendo estar seria.

—Tengo a la policía de Medina en discado automático, ¿sabes?

Mi sonrisa se ensancha. Esto debería ser incómodo (somos el yin y el yang), pero en cambio estar con Anne se siente sorprendentemente... liberador.

Ella se aclara la garganta y eso lleva mi atención de nuevo a la carretera mientras la sombra ominosa de la Academia Medina aparece a la vista.

—Es una jodida fortaleza —comenta Anne. Se inclina hacia delante y coloca ambas manos en el tablero para ver de más cerca, y su camisa se levanta un poco para revelar una franja de piel como de melocotón en la parte baja de su espalda. Aferro el volante con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos.

—Todo lo que falta es el foso —digo en tono sarcástico.

—Apuesto que la vista desde el piso superior te deja sin aliento.

Mi mirada salta al rostro de Anne, a esos ojos increíbles, ahora grandes como pelotas de fútbol. Me río, bajo la velocidad y entro al estacionamiento. Aparco cerca de la entrada principal, en el lugar marcado con mi nombre. Tengo la sensación de que Anne no es fácil de impresionar, y mi pulso se eleva con la fuerte emoción de la cacería.

Anne estira el cuello y mira hacia arriba, la parte superior de las torres a ambos lados de la entrada principal de la escuela. Una enorme bandera cuelga entre los pilares de piedra, toda roja, blanca y azul; toda orgullo.

—Bonito —dice, y abre la puerta del pasajero—. Mi moto realmente no encajaría —da un paso sobre el asfalto y se estira, alzando los brazos por encima de la cabeza. Salgo del coche y reclino mi cadera en el parachoques, mientras espero que ella se acostumbre. Finjo que no estoy observando la suave piel de la parte baja de su estómago.

Ella mira hacia atrás y sonríe. Atrapado de nuevo.

—Estas botas son un poco demasiado, ¿verdad? —pregunta.

Me fijo lo altas que son, el cordón cruzado que llega casi hasta las rodillas, y ahogo un gemido en mi garganta.

—Integrarse está sobrevalorado.

Hay un instante de vacilación, como si a pesar de todo, ella estuviera inquieta, tal vez incluso preocupada, justamente por eso: integrarse. Un poco tímida, nerviosa, insegura. No es la impresión que tengo de ella, en absoluto.

A medida que caminamos hacia la entrada, observa el paisaje: las diagonales meticulosamente trazadas en la hierba,

las piedras pulidas de la acera, flores por todas partes. He visto los libros de contabilidad; la Academia Medina gasta un dineral en el mantenimiento. Y la mirada asombrada en el rostro de Anne casi hace que valga la pena.

—¿Quién es el jardinero, Martha Stewart? —exclama.

Lanzo una risotada y sostengo la puerta mientras ella entra. Se desliza a mi lado, nuestros hombros se rozan, y siento una onda de choque que baja por mi espina dorsal.

—Iremos a la oficina más tarde —me las arreglo para no tartamudear, y luego señalo el pasillo lleno de cintas que impiden el paso—. Y vamos a mantenernos alejados del ala oeste. Reformas.

Anne arrastra sus dedos a lo largo de las paredes de piedra mientras caminamos.

El *clic-clac* de sus tacones resuena contra el suelo de mármol.

—La estructura original es demasiado pesada para el suelo, o algo así, y hay que reconstruirla —me detengo, con la mandíbula apretada. La estoy aburriendo a muerte—. Supongo que como tu padrastro es arquitecto sabrás acerca de estas cosas.

—No me importa una mierda la arquitectura.

Bajo la voz.

—La Administración tiene normas muy estrictas sobre el lenguaje, señorita Boleyn —claramente, ella se divierte y sé que debo callarme, detenerme mientras pueda. No lo hago—. Una de las muchas reglas que mi hermano impuso como presidente de los estudiantes.

Son parte del férreo Código de Conducta que Arthur ayudó a redactar, y da a los estudiantes la facultad de amonestar o

expulsar a compañeros que no encajen en el molde de Medina. Incluso se creó un simulacro de tribunal para los juicios.

Anne sonríe, con el rostro expectante y juguetón. Parece imposible prever sus emociones.

—El alma de la fiesta, ¿no? —se da vuelta para mirarme y camina hacia atrás, con los labios color cereza fruncidos y burlones—. Seguir los pasos de tu hermano mayor no suena demasiado divertido.

Su comentario impertinente me hace estremecer. Está claro que ella no sabe que Arthur ha muerto.

En el segundo piso, nos detenemos fuera de la Sala de Música y espiamos dentro. Decenas de instrumentos cuelgan de las paredes, como una instalación de arte moderno, más estético que funcional. La banda de la Academia Medina no ha ganado ningún premio que yo pueda recordar, pero el Departamento de Música gasta lo suficiente para seguir fingiendo.

Anne permanece en la puerta y examina la batería, el trombón, un puñado de guitarras. Un piano blanco ocupa toda una esquina de la habitación; sus polvorientas teclas de marfil lucen amarillentas bajo la luz fluorescente. Catherine solía tocar el piano. Pero en décimo curso cambió a su profesor de piano por el entrenador Fuller, y la música ocupó un lugar secundario detrás del equipo de porristas; la única vez que enfrentó a sus padres por algo. Pensar en Catherine me pone nervioso, una punzada de culpa se entromete en mi interior. Me concentro de nuevo en Anne.

—¿Tocas algún instrumento? —pregunto.

—Saxo —dice ella. Me ahogo en el aire.

—¿Cómo?

—Toco el saxofón —sonríe.

Una risa nerviosa se escapa de mis labios, me siento aca-
lorado por la vergüenza.

—¿En serio? Qué cool.

Anne golpea el hombro, ligeramente, pero todo mi cuer-
po responde al contacto.

—¿Luzco como si tocara el saxo?

Yo frunzo el ceño, confundido.

—Entonces ¿no tocas?

Sus ojos negros hipnóticos relucen, ella parpadea con
malicia. Me está manejando a su gusto. Estoy tan poco acos-
tumbrado a que otros me manejen.

—¿Por qué el saxo?

—Porque es la última cosa que esperabas que dijera.

Tiene razón. Nada es lo que espero que sea respecto de
Anne.

Pasamos la Sala de Arte, permanecemos unos minutos en
la biblioteca. Anne repasa suavemente el dorso de las antiguas
novelas, como si creyera que pudieran rajarse, y se detiene en
un libro al azar. Abre *El segundo sexo*, lee la primera página,
sus labios se mueven en cámara lenta. Trato de no pensar en
el título, la sobria portada en blanco y negro. Cómo luce su
boca cuando lee en voz alta.

Anne desliza el libro de nuevo en su lugar.

—De Beauvoir es genial.

—Absolutamente —digo, retorciendo la pequeña mentira
inocente hasta que se convierte en verdad. Nunca he leído el li-
bro que tomó Anne, ni una sola página, pero jamás lo admitiría.

Nos alejamos de la biblioteca por el pasillo, hacia una oficina del Consejo de Estudiantes. Está abarrotada de roble macizo y bronce pulido, parece más un despacho de abogados, formal y cargado, que un lugar para pasar el tiempo en una escuela secundaria. Dos sillas de cuero enmarcan una mesa de café de cristal.

El espíritu de Arthur perdura en este lugar, es casi sofocante.

Sigo esperando que se vuelva más fácil, que el dolor desaparezca y yo deje de pensar en mi hermano todos los días. Cómo debería haber sido yo quien cayó por ese acantilado la primavera pasada. Cómo podría haberlo salvado, si no me hubiera rescatado.

Anne y yo nos detenemos ante las fotografías en la pared posterior, imágenes enmarcadas de políticos exitosos, atletas, Arthur. Tanto Arthur. Más de una docena de imágenes fijas, varias poses y expresiones.

Ella se fija en una antigua imagen de mi hermano y el Director Adams, minutos después de firmar el Código de Conducta de la escuela, ambos con las barbillas en alto, orgullosos, como si hubieran redactado la Primera Enmienda.

Quiero bajar esta fotografía, ponerla en una caja con el resto de sus cosas, enterrarla en el sótano, *abajo* del sótano, junto con mi culpa.

—Ese es Arthur.

—Te pareces a él —comenta Anne. Se inclina para ver más de cerca, y no puedo descifrar sus emociones.

Mi rostro se refleja en el marco de vidrio, lechoso y desenfocado; un recordatorio de que aunque nuestras facciones

sean similares, nunca seré Arthur, nunca estaré a la altura. El agujero negro en mi pecho se ensancha.

—Está muerto —le digo, tal vez para impresionarla.

—Lo siento —susurra Anne, su mirada vuela de una imagen a la siguiente—. Esto no es un collage de fotos, es un santuario —dice, y me sorprende que lo note.

Se detiene en otra foto, entrecerrando los ojos como para encontrar un rostro conocido en la multitud. Cuando inclina la cabeza, sé que vio a Catherine. Casi puedo oír el ruido metálico de los cambios de marcha en su cerebro mientras estudiaba la forma en que Arthur y mi novia están relacionados: las manos entrelazadas, los cuerpos inclinados uno hacia el otro, los rostros enamorados que proyectan la clase de felicidad que estoy convencido de que solo se consigue en las películas.

Ella me lanza una mirada interrogativa.

Ofrezco un gesto lacónico, me muerdo el labio inferior.

—Es complicado.

En realidad, no lo es. Siendo los hijos solteros de las dos familias más influyentes de Medina, nuestra relación fue fomentada, incluso era lo que se esperaba después de la muerte de Arthur. Con mi padre y hermano muertos, he heredado todo: el dolor, el drama, la responsabilidad. Catherine. Soy un seguidor. Retomé la vida donde mi hermano la dejó. Vivo la vida de otro hombre. Tal vez no por elección, pero eso no lo hace menos real.

Estoy aliviado cuando Anne continúa.

—¿Era un buen presidente? —pregunta.

La duda me sorprende con la guardia baja. No era un *buen* presidente, era *el* presidente, y dejó tras de sí huellas tan

grandes y abrumadoras que ni siquiera un gigante podría llenarlas.

—Solo el mejor —respondo.

Anne sonríe tristemente.

—¿Qué le sucedió?

Niego con la cabeza para mostrar el malestar. Ella lo entiende y súbitamente estoy ansioso por salir de esta habitación. Echo un vistazo al reloj encima de la mesa de madera de cerezo. De mi hermano. Los cajones desbordantes de sus objetos personales: tarjetas de negocios, distintivos electorales, documentos, un banderín autografiado de los Seahawks.

—Deberíamos irnos. Las clases comenzarán pronto —le digo.

Anne asiente con la cabeza, pero permanece frente al escritorio de mi hermano y levanta la única foto enmarcada donde yo aparezco, una imagen grupal de los miembros del actual consejo.

—Solo una chica entre el montón —comenta Anne, y no parece juzgar, sino tomar conciencia.

—Sí, esa es Samantha. Sam —le digo, sin mirar—. Es la secretaria del consejo.

Anne me lanza una mirada molesta y me encojo de hombros.

—Ey, yo no controlo la votación.

De camino al patio pasamos el gimnasio y nos detenemos frente a la vitrina de trofeos llena de estatuas, medallas y certificados. Mi nombre está grabado en más de la mitad. Echo un vistazo a Anne por el rabillo del ojo, busco ver si está impresionada. De repente, es tan condenadamente importante que esté impresionada. Quiero que me vea por lo que *soy yo*, no como la sombra de mi hermano.

—Una impresionante colección de trofeos —comenta—. Mariscal de campo de fútbol, tenis, capitán del equipo de remo... Dime, Superman, ¿dónde guardas tu capa?

—Está en la tintorería, por el momento —respondo, y ella resopla.

Los estudiantes están a nuestro alrededor, preparándose para el primer período. Estos extensos jardines del patio son un laberinto de vegetación densa salpicado con bancos y mesas; un lugar para reunirse, estudiar. Besarse.

Quiero llevar a Anne a un lugar privado, tomarme unos minutos para conocerla mejor. Pero no podemos escapar de los patanes que vienen hacia nosotros: Charles, Rick y John. Ella también los ve. El aire que nos rodea, alrededor de Anne, se congela por la tensión. Sostengo la barbilla en alto. Un movimiento en falso y mis amigos sabrán que algo está mal, que tal vez ella me gusta un poco más de lo que debería gustarme.

—Creo que ya has conocido a los bufones —le digo a Anne. Palmeo a Charles en la espalda, asiento hacia Rick, echo una mirada de advertencia a John. Ha tenido una noche entera para recuperarse y planear algún tipo de venganza por su humillación.

—No dejes que Henry te engañe —dice Rick—. Él es el bromista aquí.

Anne se desplaza y muerde su atractivo labio inferior. Inclina la cabeza un poco, luego le dice a John con voz llena de sarcasmo:

—Creo que todos sabemos quién es una broma en realidad.

Suenan las campanas de la iglesia, que marcan el inicio de la clase.